

## 2. Éramos una manada de lobos

**Álvaro García Miguel (Coca, SG)**

**L**a realidad ocurría como prolongación de un relato de ficción, y por eso nos sentíamos legitimados para cambiar todas las cosas. Lo primero, los nombres: Akela, Bagheera, Baloo... y a partir de ahí todo lo demás. El texto originario no tenía ninguna función normativa. Sólo estaba allí como depósito inagotable de nombres, de situaciones, de sucesos. Los conflictos los poníamos nosotros, los traíamos de fuera, de casa, del colegio, de la calle, y en cuanto se ponían a la luz, dentro del corro, a la vista de todos, ya eran del grupo. Éramos una manada de lobos: el éxito de cada uno constituía un logro de todos, las dificultades de cada uno sólo se superaban con la colaboración de todos, juntos triunfábamos o fracasábamos, por encima de todo éramos un colectivo. Y sin embargo, no he conocido mayor respeto por la libertad de cada uno, mayor protección de la intimidad individual. Todos éramos valiosos por algún motivo, todos teníamos alguna cualidad que resultaba particularmente provechosa para la manada. Todas las habilidades, ya fueran superfluas o necesarias, eran requeridas en algún momento para la buena marcha colectiva. El objetivo principal era disfrutar esforzándonos, y viceversa. Siempre había algo por hacer, siempre un reto por delante, algo que había que

alcanzar, o mejorar, o rectificar, o inventar... una tarea colectiva.

Sé que suena demasiado bonito, que no parece verdad. Se dirá que la distancia sólo me deja ver lo bueno y me desdibuja lo malo. Vale, puede ser. Pero si aquello ha logrado dejarme un recuerdo tan hermoso, es que tuvo que ser algo verdaderamente bueno.

Inevitablemente, fui creciendo, y llegó un día en que el relato se me quedó infantil, pequeño, plano. Entonces, de una forma natural, como abordando la segunda fase de aquella experiencia, paso a paso, entré a formar parte de una organización política clandestina para luchar contra la dictadura. Y gracias a las habilidades, costumbres, planteamientos y exigencias que había vivido en aquella manada de pequeño, me sentí luego como pez en el agua en la nueva empresa colectiva. Además, resultó para mí una grata sorpresa averiguar que muchos de los que, por caminos diversos, habíamos desembocado en la lucha antifranquista, habíamos pertenecido a alguna de aquellas manadas. Después vinieron más retos colectivos, todos deudores de aquella primera raíz.

Creo que aquella experiencia me ha marcado de forma determinante, es lo que me ha hecho tal como soy, mucho más que la familia o la escuela.



## 3. Encuentro colombiano con el P. Fernando López Vega

Alma, corazón y sombrero

**Javier Álvarez (VA)**

**H**emos pasado la tarde del último 28 de agosto con el P. Fernando, un escolapio de 88 años, que aún guarda un recuerdo entrañable y vivísimo de sus años en Colombia vinculado a los scout. Allí aceptó en 1956 sustituir al capellán de la tropa con chavales gratuitos del colegio, entre 12 y 23 años, que muchos hoy serán abuelos.

Era la "Tropa 18", integrada en el Equipo Regional de Adiestramiento (ERA) de Medellín y se

componía de tres patrullas de 5 ó 6 chavales cada una. Realizaban sus actividades a partir de la idea de que el escultismo tiene que endurecer al scout; el objetivo era conseguir por etapas que el chico fuera autosuficiente, al tiempo que participaba de forma activa en su comunidad.

El P. Fernando parece tener la memoria en los dedos, de lo bien que recuerda todo lo que fabricaban con las manos: hicieron el local scout en la finca del colegio con casetas de caballos